

## Entrevista con Carlos Martín Portugal, autor de *El hombre que pudo matar a Franco*

### El Fabulador

Cualquier momento en cualquier lugar, en cualquier época del año, puede ser un refugio para hacer saltar la imaginación, ese acelerador de tensiones internas.

Los escritores con madera no se refugian en panaceas, no se retiran en silenciosos monasterios para aislarse de lo cotidiano, no rodean de vallas sus postulados.

Los fabuladores sí se cuelgan del columpio de la fantasía, sea esta realidad o ficción, en el lavabo, a la hora de la cena, en los parquímetros...

«Yo soy un lector enfermizo. Mi autor preferido es Dostoievski, aunque me interesa mucho cómo estructura sus obras el británico Ken Follett. Y he leído tanto que un día me dije: “Y ¿por qué no escribo?”. Y así empecé», se autoanaliza Carlos Martín Portugal, nieto de uno de los soldados de la Quinta del Biberón, republicano convencido, enemistado con la Iglesia, «ese aberrante y recalcitrante poder fáctico».

Carlos rastrea el material sensible en los pretextos que son sus novelas.

Acaba de publicar *El hombre que pudo matar a Franco* (Ediciones Carena) justo en el momento en el que el *teletubby* Franco resucitó para ser devuelto a la tumba.

Previsiblemente, dentro de unas semanas, su cadáver será exhumado para ser inhumado. Sacado del Valle de los Caídos para meterlo en un nicho en El Pardo.

Atacado por el hormigueo literario en el rompeolas de su cabeza, Carlos Martín se remonta a los orígenes de la novela:

«Di con la historia porque una vez conocí al ascensorista del Temple Expiatori del Sagrat Cor de Jesús, en el Tibidabo. Y él me confesó: “Yo he hecho algo que pocas personas han hecho en su vida”. Resulta que, en el ascensor de reducido tamaño, en junio de 1966, había llevado a Francisco Franco y su mujer, Carmen Polo, *La Collares*. En broma reconoció que, en aquel instante, pudo haber matado a Franco».

Según el ascensorista, ya fallecido, el trayecto duró cinco padrenuestros, justo un minuto.

Carlos se documentó («hubo 19 intentos de matar al dictador»), convocó los demonios de sus recuerdos («el día de luto fue un gran día de fiesta porque no tuve colegio») y mentalmente se trasladó al Grupo La Paz, en La Verneda (Sant Martí), donde se crió en los años de sol y sombra («curiosamente ese barrio lo inauguró Franco»).

Se enfrentó al teclado del ordenador, machacando las teclas como si sus dedos fueran martillos demoledores.

Así le salieron las letras: «Una persistente capa de escarcha cubría como manto de hielo los vitrales de la iglesia de la Poblea del Camp, resistiéndose a desaparecer a pesar de las cálidas caricias con las que le obsequiaba el aún tímido sol de media mañana».

«Franco era un monstruo apolítico, ávido de poder, muy hábil. A su manera creía que lo que hacía era lo mejor para España, que España le necesitaba», indaga el autor en el personaje de su manuscrito, el patriarca de una dictadura que duró cuarenta años, un «sinsentido».

Antes de escribir *El hombre que pudo matar a Franco*, el fabulador Carlos había escrito *Asiel, la leyenda del elegido*, inédita: «Trata sobre una persona que se forma como terrorista y que lanza una bomba atómica sobre La Meca para destruir el planeta. Se me fue de las manos».

Después de escribir *El hombre que pudo matar a Franco*, el fabulador Carlos sigue escribiendo: «He empezado tres proyectos, uno de los cuales transcurre en la posguerra, en las barracas del Somorrostro, sobre un hombre que vende su alma al diablo».

Entremedias, entre los dos adverbios, entre el antes y el después, el fabulador Carlos se agotó en un trabajo de oficina, en la ventanilla de una sucursal bancaria que podría ser la sucursal de la esquina porque todas se parecen: «Fui director de una oficina, siempre pensé que ayudaba a la gente a cumplir sus sueños concediendo préstamos, por ejemplo. En los inicios de la crisis, un día vino un cliente de toda la vida y yo le aconsejé que no se hipotecara, porque era lo mejor para él. Entonces, el jefe de área me pilló por banda y me soltó: “Pero ¿tú de qué vas? A ti te importa una mierda lo que le ocurra a este tío. Que se hipoteque y que se joda”. Lo dejé todo. Me fui».

Y se puso a martillear con los dedos.

Y a fabular: ¿qué habría ocurrido si el ascensorista del Tibidabo hubiera matado a Franco?

*Jesús Martínez*